

Antonio M.
Carrasco

**TODOS
DEBERÍAMOS
MORIR
JÓVENES**



Todos deberíamos morir jóvenes

Antonio M. Carrasco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parcialmente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain.

Título original: Todos deberíamos morir jóvenes

© Goodbooks 2015

© Antonio M.Carrasco

Calle Nardo, 53, Soto de La Moraleja, Alcobendas, 28109

Primera Edición ebooks diciembre 2015

ISBN: 978-84-943646-4-8

Diseño de Cubiertas: Planet Market

CAPÍTULO I: EL ASESINATO RUTINARIO

En estos días sin nubes la luz no encuentra obstáculo y proyecta las sombras de los transeúntes sobre el suelo de la plaza Mayor. Las sombras se mueven mejor que sus personas, más alegres, con el ritmo elástico de lo inmaterial. Lo proyectado supera a lo real. Es como un baile de solitarios, una fuga que termina en los soportales que albergan dos o tres bares y algunos pequeños comercios de todo género. Actividades honradas y de rentabilidad moderada pero no se puede pedir grandes prodigios a la pequeña

ciudad provinciana tranquila, perezosa y tradicional. Por allí cruzaba, como acostumbraba, el inspector Ibáñez camino del bar *El Ventero* donde tomaba un par de vinos y una tapa de gachas antes de acudir a casa a comer. Estaba al mando de la Brigada Provincial de Policía Judicial y encabezaba el Grupo de Investigación de Homicidios. Le ofrecieron ascender a comisario pero tenía que irse a Tenerife y eso le causaba un conflicto conyugal, suficiente para dar causa a la enorme pereza que le acompañó siempre. Llevaba toda la vida en el mismo lugar de nacimiento salvo la mili y los primeros destinos, uno en el País Vasco y el resto en provincias cercanas. El vino blanco, por supuesto, el de siempre de la tierra hecho con uva airén y paciencia secular. Y las gachas muy calientes con pocos tropezones de panceta coloreados de pimentón. Todos los días igual pero aquella papilla le alimentaba la libido y creía que sin ella su virilidad desaparecería. Estos negociados son cosa del pensamiento y es mejor no hacer investigaciones científicas porque mientras funcionen no hay que hurgar. Bebe vino blanco como lo hacía su padre, su abuelo, los demás parientes y todos los amigos de su edad. Y, además, le gusta.

—Mira, que hoy se han quemado las gachas y están haciendo otra sartén. O te esperar o te pongo unas migas.

—Me espero que comer pan es de pobres. Ponme el vino, anda, y un cacho de chorizo.

Sinesio Ibáñez era cliente diario y tenía confianza con los camareros, con el dueño y con los padres del dueño. Era cliente heredado porque su padre ya era habitual cuando el establecimiento lo regentaba el padre del actual propietario. En las ciudades pequeñas se transmiten las fidelidades como el bargueño que algún antepasado trajo de Filipinas y constituye el tesoro familiar a falta de algo más valioso. Si uno fuera duque de Alba, transmitiría goyas a los descendientes. Miró al exterior, a la fea plaza hecha de añadidos y novedosas propuestas contemporáneas de arquitectos de medio pelo y concejales innovadores que quisieron convertir la seca ciudad manchega en una estación de esquí. Una fuentecilla humilde como todo en la ciudad, ex-

pulsaba un caudal de agua que no llegaba a ninguna parte. Remataba la estatua de un rey sedente que parecía orgulloso de su fundación imprescriptible por esa satisfacción que siempre se siente cuando se deja algo para la posteridad sea un libro, un cuadro, un hijo artista, una ciudad o un castillo. Hay que crear para ponerle nombre a las creaciones y así somos como dioses. A Ibáñez, no obstante, le bastaban por el momento con trasegar un par de vasos mientras esperaba las gachas calientes. Saboreando a sorbos cortos y espaciados, mientras repasaba las noticias en el diario *Lanza* que el establecimiento tenía a disposición de los clientes que, de otra manera, no leerían nunca. Los bares favorecen la cultura y la información y lo hacen sin subvención ni ayuda, sólo por altruismo.

—¿Algo nuevo Manolo?

—Lo de siempre, Sinesio. Aquí nunca pasa nada gordo. Te lees el periódico y sólo hay noticias sobre la jornada de los funcionarios, la política agraria común del vino y los resultados de la liga.

—No está mal.

—Podía ser peor.

Pero ese día sí que pasaba algo más que la rutina de funcionarios y políticos locales, el horario del comercio, la temperatura, las jubilaciones y fallecimientos, el precio de la cesta de la compra y la apertura de una nueva frutería. Y, por encima de fruslerías, el doctor Martínez, concejal de Urbanismo, inauguraba lo que fue un gran proyecto y quedó en mísera presencia. El gran bulevar urbano, anhelo luminoso y moderno de la vieja ciudad que, a falta de compradores, se había quedado en avenida de rastrojos, solares vacíos donde habitaban las ratas y glorietas peladas los árboles, fuentes y estatuas que, según el diseño publicado tres años atrás, llenarían la riada de polvo seco y desolación de asfalto actual. Un edificio aislado como para pasar cuarentenas y un semáforo que alumbraba a los pocos coches que atravesaban el desierto como con luces de Navidad. El constructor Pedraz sonreía en la fotografía satisfecho del solitario inmueble. Ambos, concejal y constructor, se sen-

tían solidarios en la labor de integrar la ciudad en el progreso, como los revolucionarios del XIX. Antes la vida era más dura y las calles más estrechas, no se conocía el agua caliente ni la lavadora y los niños morían en los partos...

—Estos dos, Sinesio, siempre van de la mano. Se dice que han hecho una fortuna a medias...

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Pues Pedraz y el concejal... Y todavía me acuerdo de Pedraz en alpargatas y con un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza...

Por la plaza se veía llegar a la sombra de un policía y al policía mismo corriendo detrás por mor de la posición del sol. Buscaba al inspector Ibáñez y sabía dónde encontrarlo así que entró en el bar, saludó al paisanaje y le comunicó al oído la noticia para que los presentes no cualificados no se enteraran del secreto policial.

—Sinesio, que han matado al presidente de la Audiencia. Dice la comisaria que vayas enseguida.

—¡Coño! —dijo Ibáñez apurando el vaso—. Oye, olvídate de las gachas que mañana me comeré dos tapas.

Y salió de prisa detrás del agente que le había llevado el aviso y que le daba pormenores del hecho, algunos detalles sueltos y la versión circunstanciada según lo que le habían hecho llegar pues él no había acudido al escenario. Por las calles estrechas, rodeando la mole militar de la catedral, llegaron a un viejo edificio de dos plantas que se había rehabilitado recientemente. La entrada era moderna en contraste con la plana fachada encalada de balcones con barandillas de hierro y un cierre en el segundo piso. Los policías del zeta que había llegado al tenerse noticia del hecho habían acotado el lugar para impedir la entrada o salida de personas. No obstante, nadie quiso ni entrar ni salir. En el hueco de la escalera habían encastrado un ascensor que aún estaba sin uso a falta de una licencia administrativa o una inspección preceptiva. Las máquinas se ajustan a los reglamentos como los hombres. Unas ventanas de cristales esmerilados daban luz al hueco. Todo estaba nuevo y limpio pero un reguero de sangre bajaba desde el descansillo

del primer piso manchando el intacto ascensor y unas filas de baldosines claros que quedaron coloreados como la bandera de un país ficticio. Entre la reja de la barandilla asomaba la mano inerte del cadáver del que en vida fue presidente de la Audiencia Provincial. Un hombre bien conocido, un erudito en jurisprudencia y leyes que, tras muchos años de carrera, se sentía cómodo en la plaza que ocupaba y aspiraba, como era natural, a llegar al Supremo. Un hombre acostumbrado a sentenciar que se encontró su condena sin juicio previo. La muerte truncó la carrera y aspiraciones con crueldad porque la muerte es como la envidia, que llega de quien menos lo esperas. En el descansillo que daba paso a la puerta de su vivienda, tirado como lo están los cadáveres, aparecía el magistrado muerto como un besugo en la pescadería. La sorpresa del último instante nos despoja del decoro de una buena presencia. Dos cuchilladas: Una en el corazón y otra en el vientre que le produjo evisceración. Nadie podía imaginar que, con su baja estatura tuviera tantas tripas. Lo oculto impresiona cuando se hace visible y por eso es mejor no explicar los misterios. Apenas tuvieron que asegurarse de que estaba realmente muerto porque la cantidad de sangre vertida en el suelo no dejaba lugar a dudas. La comisaria Antúnez esperaba apartada mientras los agentes de la Brigada Provincial de Policía Científica realizaban una minuciosa inspección ocular y tomaban muestras y vestigios necesarios para la investigación. Sabía perfectamente que en la primera inspección ocular estaba el éxito de en la resolución. La llegada de Ibáñez les dio cierta seguridad porque la experiencia del viejo inspector les marcaba el camino. En la mierda puede estar el ADN del asesino, como entre la basura puede hallarse el tesoro de un viejo.

—¿Y el arma? —preguntó Ibáñez.

—No ha aparecido. Todo nos hace pensar que fue un cuchillo ancho y corto. El primer golpe debió de matarlo al instante. Fue un golpe certero, le dieron con fuerza. El segundo, el que le ha dejado las tripas fuera era innecesario porque no se puede rematar a un muerto.

—¿Algún testigo?

—Nada. Ya sabes que don Aurelio vivía solo desde que se separó de su mujer. No quiso usar la vivienda oficial porque era muy grande y se sentía vigilado, y arregló esta casa que compró con una herencia. En el piso de arriba vive doña Carmen Arribas, la que le vendió el piso, que está sorda como una tapia y nunca sale de casa. No ha oído nada de nada.

—¿Quién lo ha descubierto?

—La criada de doña Carmen. Está esperando con un agente para que la interrogues. —No le gustó al inspector que le recordaran cuales eran los pasos que debía dar, llevaba toda la vida entre la muerte.

—¿Iba solo?

—Creemos que sí porque no hay rastro de nada. Ni huellas dactilares, ni pisadas, ni signos de violencia. Es como si se hubiera encontrado a alguien que conocía y no se esperara el ataque. Aquí nos conocemos todos. En fin, que te toca llevar el caso aunque yo esté muy encima. Ahora vendrá la comisión judicial a levantar el cadáver. —La comisaria miraba al inspector tratando de evaluar su capacidad profesional.

—¿Sospechas?

—Absolutamente ninguna. Ya sabes que don Aurelio era muy mujeriego y no distinguía entre casadas y solteras, pero eso no es más que una conjetura. Ahí andan los de científica tomando las muestras que pueden. Pero no hay ni una colilla, ni un hilo, ni nada de lo clásico. Esto está limpio.

—Ya iremos viendo la luz. Siempre hay un descuido. Nos llevará un rato encontrar rastros pero siempre aparece algo.

—Eso espero.

La criada no pudo añadir nada más. Subía, como todas las mañanas, cuando el cadáver tendido apareció ante sus ojos pueblerinos. Tenía un ataque de ansiedad, de pánico o de cualquier cosa. Se movía mucho y lloraba como si el fallecido fuera un pariente próximo o un novio enamorado. Las que llevan vida sencilla y rutinaria no saben reaccio-

nar ante la violencia ocasional. Se disculpaba como si lo hubiera matado ella. Y no aportó nada. Cuando lo vio, seguramente llevaba muerto dos o tres horas; eso lo determinaría la autopsia cuando el forense la practicara al día siguiente. Ibáñez se acercó a los comercios cercanos. Por un lado de la calle, el que iba a la catedral, no existía ningún negocio abierto; por el otro había un bar y una frutería y nadie vio ni oyó nada extraño, sospechoso o inhabitual. Los mismos clientes del café de todos los días y las mismas amas de casa quejasas de su situación que compraban patatas o limones y exigían compasión por una actividad tan dura y tan poco considerada. Un bar de poco fuste en el que desayunaba el juez muerto los días festivos, el constructor Pedraz cuando acudía a unas oficinas que tenía cerca y el yerno de éste porque trabajaba en esas oficinas y siempre tenía hambre y sueño. El frutero, que es como un confesor, les daba la razón para poder seguir vendiendo sus mercaderías porque hacer oído, dar consejos y señalar casos de otras que están peor ayuda mucho a los pequeños empresarios del sector.

Después llegó el juez de instrucción de guardia acompañado de la secretaria judicial y del médico forense, para levantar el cadáver. Miro con la pena propia de un compañero porque en la judicatura hay mucho corporativismo y se compadecen las muertes aunque sean naturales. Don Bernardo López Ríos era un gallego de familia de emigrantes y pequeños comerciantes que había ido a parar a La Mancha porque en la oposición no sacó un buen número, pero se adaptaba al paisaje. Con antecedentes en Cuba y Argentina, ¿cómo no iba a encajar un López fuera de Galicia? Se compuso una dosis moderada de nostalgia que usaba más como pose que como sentimiento y fue llevando los quehaceres de los días con el mejor ánimo y sin gasto excesivo. Ya le llegaría un destino más próximo a su casa y al mar. Miró el resultado de asesinato preguntándose el porqué de la falta de limpieza del autor que dejó las escaleras llenas de intestinos. Igual muere uno con las tripas dentro y no causa tan mala impresión a los visitantes oficia-

les..., dejó hacer a los policías y se marchó a otras diligencias.

Sin poderlo evitar, quizás hasta avergonzado, Ibáñez sintió hambre después de haber visto la escena inanimada con el cadáver de un antiguo conocido que había compartido muchos días de trabajo: Delitos, acusados, traslados, pruebas, autorizaciones...; y algún café con leche. El juez, la secretaria judicial y un forense con cara de enterrador se encargaron de levantar el cadáver para llevarlo al Anatómico. Era la rutina de siempre en la parte profana de las muertes violentas. Era ya tarde y no había tomado gachas ese día. Creía que por una vez no se iba a resentir su vigor sexual, pero no perdonaba el alimento diario en los horarios establecidos. Ya se sabe que los policías están siempre de servicio y que en la profesión no se puede llevar la rutina a rajatabla. También lo sabía su mujer, pero le daba igual porque para poner un pescado o un filete a la plancha no necesitaba más de cinco minutos. Ella se había puesto de acuerdo con el médico para amargarle el santo ejercicio de comer. Es verdad que tenía la tensión alta, el colesterol alto, el ácido úrico alto y los triglicéridos por las nubes pero no se podía pasar del cocido diario al pescado sin sal en sólo unas semanas sin plazo de adaptación. Tuvo que transgredir la dieta fuera de casa para evitar un desfallecimiento imprevisto en cualquier lugar público. Y para dar ánimo a un estómago existencialista que sufría el vacío después de haberse pasado la vida repleto. Pero esto era general: Ya no conocía a nadie que no estuviera a dieta y dejando de fumar. El tabaco pensaba dejarlo pero aún no se había puesto plazo; era una cosa que llevaba su tiempo y era incompatible con el hambre que le provocaba la manía de su esposa por la salud. Él era un hombre fuerte aunque barrigón, que siempre tuvo energía para romper una costilla de una patada. El hambre le estaba quitando esa fuerza y las ganas de dar patadas. Lo malo no es que me quede viuda, le decía la mujer, sino que te tenga que cuidar toda la vida cuando te quedas inútil. A lo mejor tenía razón pero, llegado el caso, con rematarlo con un golpe con la maza de un

almirez en la nuca era suficiente. Luego, se alegaba una caída inoportuna en la ducha y quedaba cubierto el expediente ante unos compañeros del difunto que nunca iban a sospechar nada. A él tampoco le iba a importar mucho que se acabara con su vida si quedaba condenado a silla de ruedas. Llevaba ya mucho tiempo pensando que vivimos demasiado y que Dios nos diseñó para no sobrepasar los cincuenta. El resto era obra de despiadados médicos ateos que aspiran a ser dioses.

En su casa esperaba la mujer con el lenguado previamente descongelado y un plato de ensalada que se disponía a aliñar con poco aceite y poca sal. Aquello disgustaba tanto al inspector que apenas comía. Remataba con dos naranjas y un café descafeinado. Como era habitual, junto a su mujer estaba la hermana de ésta que era mucho más joven y guapa aunque la cuarentena iba dejando mella en las partes sensibles de su cuerpo. Disimulaba con arreglos y horas de gimnasio, cremas y ropas que tapaban o resaltaban según las partes a gusto de las miradas que aún se posaban abiertamente en el cuerpo que, veinte años atrás, pareció perfecto. Siempre una talla menos de la que le correspondería según los cánones.

—Mi hermana ha hecho un bizcocho, ¿quieres un poco?

Al pobre inspector de la dieta perpetua le hacía sospechar que le ofrecieran un dulce lleno de huevo, harina y azúcar cuando le prohibían cualquier otra cosa menos calórica. Pero había que hacer el honor a la hermana que, lejos de ser una buena cocinera, compraba un preparado que vendían en los supermercados y lo metía en el microondas unos minutos. Luego aparecía un bizcocho de dos colores que, sin duda, no podría estar tan malo si no lo hubiera hecho la cuñada. Por fuera aparecía quemado y por dentro aún conservaba el estado líquido que indicaba falta de cocción. Hay personas que son incapaces de hacer nada bien, incluso lo más sencillo.

—No, bizcocho no porque quiero seguir manteniendo esta estricta dieta que tan bien me va.

—Será porque no te hartas de gachas todos los días —terció la cuñada que estaba ofendida como si la hubieran echado de un club selecto.

—No me gustan las gachas, es un plato vulgar —mintió Ibáñez con mucha convicción porque después de años y años tratando con delincuentes había adquirido algunas habilidades verbales.

—Ya —concluyó la cuñada cuyo culo amenaza con explotar como ya lo hiciera el bizcocho en el microondas en otras ocasiones—. Por cierto, ¿te has enterado de que han matado al presidente de la Audiencia?

—No.

—Lo sabes de sobra. No me alegro de la muerte de nadie, pero ese cerdo que iba detrás de todas las faldas se lo estaba buscando. Conmigo lo intentó más de una vez...

—No seas mentirosa Matilde —cortó el inspector a la cuñada.

—¿Qué no lo intentó?

—Lo intentó y lo consiguió, porque tú tampoco opusiste mucha resistencia.

—¡Lo que me faltaba por oír! Yo soy muy selectiva, que lo sepas.

Ibáñez no quiso ahondar en ese camino dialéctico que no llevaba más que a las voces y la consiguiente riña conyugal porque su mujer, por un sentido atávico de la familia judeocristiana, siempre se ponía al lado de la hermana tuviera razón, no la tuviera o estuviera desvariando después de haberse drogado. La mujer opinaba que la estirpe está siempre sobre la razón y así no hay forma de convenir. Ibáñez, cuyo sentido de la solidaridad familiar era más laxo, optaba por evadirse pensando en otra cosa o leyendo el periódico. Se sentó en su sillón de orejas favorito, aprovechando la salida de Matilde hacia la cocina para llevar el bizcocho intacto, ya que gozaba quitándole el asiento en los descuidos. A falta de hijos, el matrimonio soportaba los inconvenientes de la hermana soltera. Encendió un cigarrillo para fumar despacio y abstraído hasta que la ceniza se le cayera sobre la pechera o en los pantalones. Y empezó a

organizar mentalmente la investigación empezando por el móvil y los sospechosos. Lo que hacía siempre. Pensaba que resolver delitos es relativamente fácil porque siempre se cometen por los mismos motivos y por las mismas personas. Sería infinitamente más difícil si, por el ejemplo, el vicario de la diócesis le pegara un tiro sin testigos a un repartidor de periódicos que pasaba por delante del seminario sin causa ni signos de arrepentimiento; sólo por veleidad. Ése sería un crimen perfecto. Pero la vida, que se empeña en impedir la perfección, siempre ofrece un hilo de dónde tirar.

—Te llama la comisaria.

Le interrumpió su mujer con el inalámbrico en la mano cuando estaba llegando al límite del sueño. Una de las interrupciones más molestas que pueden existir.

—¿Dormitabas? —le preguntó la comisaria que intuía los hábitos de Ibáñez.

—No, yo nunca duermo después de comer. Aprovecho para dar un paseo que facilite la digestión. —Como si el lenguado a la plancha necesitara de mucha digestión.

—Mejor porque no me gusta interrumpir. Ya tenemos el cadáver levantado y las demás rutinas. ¿Qué intuición tienes?

—Ya sabes que estos casos responden siempre a lo mismo: Un marido celoso, un intento de robo o una venganza personal.

—Sólo te falta añadir el ataque de un loco furioso.

—Es que aquí en Ciudad Real no hay locos furiosos. Ni siquiera hay borrachos que dirigen el tráfico, ni exhibicionistas, ni artistas incomprendidos. Sólo dementes inofensivos, melancólicos profundos y depresivos.

—Yo descartaría el robo porque, después de destripar al tío podían haberse llevado la cartera.

—Sí, eso es un indicio.

—La tenía en el bolsillo de la americana con doscientos euros y las tarjetas de crédito.

—¿No lo interrumpiría nadie?

—Creemos que no. Nos dio el aviso la señora que limpia la casa de doña Carmen. Y ya llevaba tiempo muerto.

—¿Cuánto exactamente?

—Falta el informe del forense.

—¿No estaría también liado con la señora que limpia en casa de doña Carmen?

—Por Dios, Sinesio, que es una anciana.

—No me fío.

—Bueno, echa una cabezadita si quieres y vente a comisaría.

—No si ya te digo que no duermo. Voy a ayudar a mi mujer a colocar una estantería y ya voy.

Y se derrumbó sobre la oreja del sillón para aprovechar quince minutos de sueño que le ayudaran a aguantar la tarde sin decaimiento ni distracción. En la siesta está el secreto de la relación y la vida duradera. La siesta le calmaba los deseos iracundos que le acompañaron en otra etapa. Sinesio Ibáñez tenía ya una edad en que romper la rutina molesta profundamente. Antes, en la juventud, adoraba los retos y las cosas ignoradas. Incluso se hizo ilusiones de que podría descubrir un método nuevo o llegar a conclusiones extraordinarias en sus pesquisas. Ahora un delito grave era un incordio que le obligaba a trabajar más y a deshoras. Pero también era una distracción hasta la hora de cenar. Cumplido el coscorrón, se disponía a salir hacia la Comisaría cuando llegó su amigo Ceferino Abadía.

En todas las ciudades pequeñas hay tipos que esperan que Dios les compense su vagancia con un golpe de suerte ya que, al fin y al cabo, los defectos son obra del Creador y responsabilidad suya. Pudo haber hecho a todas las criaturas buenas y trabajadoras y, sin embargo, salieron también vagos, mentirosos, traidores, ladrones y demás. Por lo tanto, es conveniente que los males se reparen con bienes llegados a destiempo y sin esperarlo. A un vago no le puede sonreír el esfuerzo porque no es capaz de realizarlo. Así que solo le cabe esperar que la suerte le premie. Y Abadía, ejemplar de esta especie, alberga esperanzas de

ganar la lotería o encontrar un tesoro. Abadía daba para una tesis doctoral si algún psicólogo avezado quisiera estudiar la personalidad de los flojos. Pero Abadía es de los que quieren ayudar al destino mediante dos acciones: Comprando lotería e investigando libros viejos. Por ahora la lotería no le ha tocado aunque aún es joven. Y, en el segundo apartado, ya ha trazado la pista del tesoro que un antiguo clavero de la plaza dejó escondido y se afana en completar las pistas que le lleven al agujero donde reposan monedas de oro que el clavero y la ciudad se disputaron en un pleito sonado que terminó con éste en la horca y aquélla arruinada. Ceferino Abadía, que espera encontrar el tesoro para poder, entre otros deseos realizables, acostarse de una vez con la mujer del inspector Ibáñez que es la que se le aparece en sueños y evocaciones, tuvo entre sus manos viejos legajos del archivo histórico y algunos papeles encontrados en el depósito de no se sabe qué casa noble. Va pasando el tiempo sin que el pobre Abadía se enriquezca como merece para disgusto de tantos envidiosos como hay en las ciudades pequeñas y en las grandes capitales, en barrios y centros, en los aduares y en las lujosas urbanizaciones, en el mar y en los desiertos. La envidia flota en el aire y se agarra como los parásitos a las entrañas de los hombres. La envidia es tan abundante que no se puede contar. La envidia se pilla como la gripe, sin pagar nada. Y se lleva liviana, sin peso, hasta que la muerte libra al envidioso del pecado.

Abadía pasó, como siempre, primero por la cocina donde pilló un trozo del bizcocho. Los aventureros buscate-soros suelen llevar una vida desordenada y no comen a las horas, tampoco tiene mucho dinero por lo que aprovechan las visitas a casas de amigos y familiares para llenar el buche. Hasta que los amigos y familiares se hartan de la costumbre y vacían los frutereros antes de que llegue el hambriento. La verdad es que a Ibáñez no le importan que su amigo Abadía se coma los bizcochos del microondas porque así se libran de semejante porquería; otra cosa es que, por poner un ejemplo, se comiera el jamón. Y si, además,